



## DALILA.

Di á la sabiduría: tú eres mi hermana, y nombra á la prudencia (tu amiga, á fin de que te proteja contra la mujer extranjera.

*Proverbios, cap. VII v. 4.*

**S**I el viajero que visita la Palestina quisiera pasar de Jafa á Egipto por tierra, le sería preciso atravesar un inmenso desierto que consiste en vastas llanuras de arena blanca, cortadas por pequeñas montañas sin verdor, y por valles en cuyo fondo solo despunta un poco de yerva amarillenta, ó mas bien agostada, y los terrenos aparecen casi siempre enjutos á lo largo de su cauce. Siguiendo mas de cerca las orillas del Mediterráneo, se hallan algunos villorreos árabes, las ruinas de Ascalon, Gaza, y avanzando siempre hácia el Sud, la ciudad de El-Arich. Una parte de esta region, en el día estéril, y despoblada, pertenecía en otro tiempo á los filisteos: estaba dividida en cinco satrapías ó provincias, que

N.º 27.



Viuda é hijos de Arango Editores

Lit. de Llano y Comp.

DALILA.

llevaban cada una el nombre de su capital respectiva, Geth al Norte, Gaza al Mediodía, Ascalon, Azoth y Accaron entre las dos. Toda la república ó territorio tenía apenas veinte leguas de longitud sobre algunas leguas de anchura.

En un principio los filisteos se vieron poderosos: pero descendían de Cham, y por su origen llevaban el peso de la maldición pronunciada contra su padre, y debían obedecer al pueblo judío salido de Sem, y heredero de la bendición concedida á su abuelo. Fueron vencidos en efecto, como las demás naciones que los hebreos exterminaron al tomar posesion de la tierra prometida, pero nunca pudieron ser del todo arrojados ó destruidos. Debilitados por la lucha, salvaron con todo su independencia, y retirados á las costas del Mediterráneo, inquietaron por largo tiempo las tribus de Dan y de Simeon, que les eran limítrofes; semejantes á aquellos instintos rebeldes, mil veces comprimidos pero nunca aniquilados, que fatigan hasta la muerte la conciencia del hombre de bien, y le llevan la guerra para ejercitar su valor y su virtud. Es de creer que la existencia política de los filisteos continuó hasta la época en que el pueblo romano puso su planta en el Oriente; y aun mas, que su existencia entonces no dejaria de ser con alguna gloria, por cuanto de su nombre todo el país fué llamado la Palestina.

Este pueblo, pues, y en este país de los filisteos, vivia Dálila, mujer de costumbres mas que sospechosas, segun casi todos los autores que han interpretado las Escrituras. Era del valle de Sorec, célebre entonces por su viñedo, y en donde pasaba un torrente que lleva aún en el día su antiguo nombre de Sorec, y desagúa al mar no lejos de Ascalon. En su tiempo, hacia el año del mundo 1870, los filisteos sus compatriotas estaban en abiertas hostilidades con los israelitas, á quienes Dios castigaba por sus crímenes, como los habia castigado medio siglo ántes entregándolos á las ammonitas. Estos habian encontrado como delante de sí á Jefté, que reprimió su audacia: los filisteos hallaron á Sansón. Jefté habia visto su gloria personal contristada por el grande infortunio de su hija: Sansón, ejemplo memorable de una prodi-

giosa fuerza de cuerpo y de lastimosas flaquezas de corazón, inmoló á Dálila su propia gloria y el reposo de su país.

La ruina de Sanson es tanto mas memorable é instructiva en cuanto habia sido prevenido de bendiciones privilegiadas y en cuanto á él se manifestó infiel á un mas grandioso destino. ¿Con que la gloria no será mas que un pedestal que eleva al hombre sin afirmarle, y que pierde en solidez lo que gana en elevacion? En el nacimiento y en la vida de Sanson hubo señales manifiestas de proteccion divina, para que conociese de donde le venia su vigor; y los actos de debilidad que se observan en su conducta, se nos refieren á fin de que cada cual tome la leccion mas importante que puede serle dada, esto es, la del valor; porque la caida original nos dejó el corazón tal vez mas flaco que el entendimiento: águilas abatidas por una tempestad, réstanos todavía una chispa de fuego para mirar de cara á cara, el espléndido sol de la verdad, pero nuestras alas chamuscadas por el rayo, mal pueden sostener nuestro vuelo hácia las regiones de la luz.

Dios señala anticipadamente el lugar que debemos ocupar en el mundo, y el medio dentro del cual ha de ejercitarse nuestra libre actividad; y así es que detrimió enviar á Sanson por libertador de su oprimido pueblo. Sanson tuvo por padre á Manué, de la tribu de Dan, y su madre fué por mucho tiempo estéril. Consolóla Dios en una vision en la cual oyó una voz que le prometia un hijo, pero que le exijia al mismo tiempo que le consagrarse á Dios. "Guárdate, pues, añadió el ángel del Señor, de beber vino ni licor alguno que embriague, ni de comer cosa alguna impura, porque has de concebir y parir un hijo á cuya cabeza no tocará navaja, pues ha de ser nazareo, ó consagrado á Dios desde su infancia y desde el seno de su madre, y él ha de comenzar á libertar á Israel del poder de los filisteos." La gloria del hombre es el ser llamado á las obras de la Providencia; pero esta gloria solo se concede bajo ciertas condiciones, y á Dios solo está reservado el fijar las señales solemnes que designan á la faz de las naciones quiénes son los enviados que se ha

dignado escojer. Así quiso el Señor en esta eleccion que el niño milagroso se abstuviera ya en el claustro materno, de todo lo que puede embriagar, y que su larga caballera fuese como un símbolo de la fuerza de que estaria dotado.

La mujer informó á su marido de la promesa que acababa de recibir. «Un varon de Dios vino á mí, le dijo, el cual tenia rostro de ángel: su belleza infundia respeto: le pregunté quién era y como se llamaba, pero no quiso decirmelo." Y en seguida le refirió las palabras del celeste mensajero. Absorto el marido, rogó al Señor que su enviado reiterase su aparicion para poder conocer mejor el modo como debian portarse con el niño. Y otorgó el Señor la súplica de Manué. Cierta dia, estando la mujer en el campo, tuvo la misma vision, y corrió apresurada á advertirlo á su esposo, el cual vino con ella, y oyó de la boca del mensajero divino lo mismo que habia oido decir á su mujer. El ángel habia tomado una forma humana, y Manué pudo creer y creyó en efecto que era un profeta. Quiso, pues, preparale una comida, pero respondió el ángel: «Per mas que me instes no probaré nada de lo tuyo: con todo, si quieres hacer un holocausto, ofréceselo al Señor." Y como Manué quisiese saber su nombre para darle las gracias, repuso el ángel: «¿Para qué me preguntas mi nombre, siendo como es admirable?" Conoció Manué que debia hacer subir su reconocimiento hasta el Señor, y tomando un cabrito con las corespondientes libaciones, lo colocó sobre un peñasco que servia de altar, y lo freció al Dios que obra maravillas. Y al salir la llama del altar del sacrificio hácia el cielo, subióse tambien con ella el ángel del Señor, y desapareció. A este espectáculo, el hombre y la mujer postráronse de rostro contra la tierra, llenos de religion y estupor, concieron entónces que Dios les habia visitado por el ministerio de un ángel. Dijo entónces Manué: «Morirémos sin duda, pues que hemos visto á Dios." Pero repuso la mujer: «Si el Señor quisiera que muriésemos no hubiera recibido de nuestras manos el holocausto y las libaciones, no nos hubiera manifestado todo esto, ni hecho saber lo que ha de venir." Mostróse pues, en esta ocasion

mas confiada que su marido, y por esto manifestó mas cordura en sus palabras, pues para alentar á los que tienen una alma elevada y los sentimientos generosos permite Dios que se llegue á la verdad por conducto del corazon con tanta seguridad y aun mas presto que por el del entendimiento.

Cumplióse á su tiempo la promesa del cielo, y á Manué le nació un hijo, al cual su madre puso el nombre de Sanson, es decir, sol. En un país en que los nombres propios, en vez de ser una simple designacion de la persona, tenían una significacion radical y verdadera, era tan conveniente como ingenioso que fuesen impuestos por las madres: pues nadie podia expresar mejor que ellas todos los dolores, las previsiones, y las esperanzas de su ternura. Sanson fué creciendo en años y en corpulencia, y la proteccion de Dios, sobre él empezó á manifestarse cuando estaba en los campamentos de Dan, entre Saraa y Esthaol: ya pudo entónces conocerse que llegaría ser el libertador de sus hermanos.

Seria ya sobre el fin de su vida cuando concibió por Dálila aquella afeccion en la que halló una prueba y una ruina tan lamentables. Mas él habia podido aprender de antemano á temer su propia indiscrecion, y la perfidia de las mujeres, á las cuales prodigó su confianza. La Providencia habia permitido que ya desde su primera juventud fuese atacado y vencido por este flanco; á fin de ejercitarle sin duda á superar las tentaciones que le reservaba el porvenir. Porque Dios trata con bondad la debilidad humana: no tiende emboscadas á nuestra libertad para sorprenderla, sino que la escuda contra los grandes peligros, exponiéndola ántes á peligros menores. De esta manera obró con respecto á Sanson.

Los israelitas eran tributarios de los filisteos: no habia entre ellos lucha; pero la paz en la servidumbre no podia durar. Sanson, que tenia la conciencia de su destino, no tardó en buscar ocasiones de guerra y estas ocasiones no le faltaron. Bajó cierto dia á Tammatha, pueblo conquistado y ocupado entónces por el enemigo, y vió allí á una mujer de las hijas de los filisteos que fué grata á sus ojos, y á la cual deseó tomar por esposa. Sus padres

le hicieron la observacion que esta alianza era contraria á la ley. «¿Pues qué, le dijeron, no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos y en todo nuestro pueblo, que quieres tomar esposa de la nacion Filistea, gente incircuncisa?» Pero Sanson insistió en su demanda. Prescindiremos en este caso de las disposiciones de lo alto, que conducian á Sanson á este enlace para ruina de los filisteos, dominadores entónces del pueblo de Israel: pero suele ser condicion de la flaqueza humana el que los deseos traspasen á menudo el círculo marcado por el deber, y que la pasion indómita se lance á objetos que están muchas veces mas allá de la esfera de lo regular y de lo decoroso. Bajó pues Sanson con sus padres á Tammatha, para celebrar los esponsales; y al llegar aquel, que iba solo á las viñas de la ciudad, arremetió contra él un leon caehorro feroz y rugiendo. Sintió entónces Sanson el espíritu del Señor que le daba un valor y una fuerza extraordinaria, y sin arma alguna y con solas sus manos, despedazó al leon como si hubiese sido un cabrito, sin decir á sus padres una palabra de este suceso. Habló pues con la mujer cuyos atractivos habian cautivado su corazon, y al volver otra vez para la ceremonia de las bodas, Sanson se apartó del camino para ver el sitio de su pasada hazaña, y encontró en la boca del leon, ya disecada, un enjambre de abejas y un riquísimo pañal de miel. Tomóle, pues, y comió de él por el camino, y dió á sus padres para que comieran, pero no quiso descubrirles de dónde lo habia tomado.

En el festin que se celebró á causa de las bodas, propuso un enigma á los treinta jóvenes que, segun la costumbre del país, le habian dado por compañeros de boda y para le obsequiasen: pues los jóvenes novios eran asistidos por algunos amigos ó amigas, para que fuese mas animada la alegría del banquete, y era tambien usanza entre los antiguos el ejercitar el discurso proponiendo por via de diversion la resolucion de cuestiones envueltas en la oscuridad de alguna sentencia enigmática. En el caso de que por el término de siete dias no pudiesen ellos descubrir el sentido de la parábola propuesta, los filisteos debian dar á Sanson

treinta vestidos y otras tantas túnicas, y en caso contrario, Sanson debía dar el mismo número de túnicas y vestidos. Tres días habían pasado ya sin que los filisteos hubiesen explicado el enigma concebido en estos términos: Del devorador salió el manjar, y del fuerte salió dulzura. Preciso es convenir en que el enigma era bastante oscuro para cualquiera que ignorase la historia del leon muerto y de la miel encontrada en sus fauces. Así pues, desesperados los filisteos, se dirigieron á la mujer de Sanson, pidiéndole que por medio de caricias arrancase de su marido el secreto, y la amenazaron quemarla á ella y á la casa de su padre si no lo alcanzaba, diciéndole: «¿Por ventura nos habeis convidado á las bodas, para dejarnos en cueros?» No cesaba ella de apurar con Sanson sus lágrimas y gemidos, apelando al recurso que tiene la mujer cuando quiere obligar al que le adora. «Tú me aborreces, le dijo, tú no me amas: por esto no quieres declararme el enigma que propusistes á los jóvenes de mi pueblo.» A los primeros ataques de la seductora, resistió Sanson; todavía tuvo resolución para responderle que la denegacion á su súplica no era señal ni efecto de desamor. «No quise declararlo ni á mi padre ni á mi madre ¿y quieres que á tí te lo diga?» Tocaba ya al sétimo día, y los compañeros y rivales de Sanson redoblaron sus instancias y sus amenazas á la joven filisteá; la cual renovó asimismo, y apuró los recursos de su gazmoñería y las tretas de la seducción para vencer la varonil firmeza del fuerte de Israel. Cuando la debilidad se bate contra la fuerza, pero está herido el corazón, entónces la mujer recobra la supremacía de su flaqueza, y su aparente impotencia es el arma mas poderosa que juega para triunfar. Entónces es cuando hace sentir al hombre el rubor de prevalerse de su predominio; se entrega á la desesperacion, no siempre sincera, de prevalecer, y finge resignarse con dolor al vencimiento para conseguir la victoria. Picada la generosidad del hombre, teme abusar de su poder, vacila en sus designios, las lágrimas y suspiros son otras tantas flechas aceradas que hieren la fibra mas delicada de la sensibilidad. El pensamiento se turba, la constancia vacila: la noble razon, co-

mo un rey vendido por los suyos, deja caer el cetro de su mano; la fuerza misma es un estorbo para el corazón, el cual renuncia una victoria, porque vé que se le escapa otra; y una mirada decide la lucha definitivamente. Tal es la extrategia del amor pasivo, que obra con ojos de lince, cuando el amor activo con los ojos vendados se entrega á discrecion del vencedor.

Venció al fin la importunidad, ó mas bien, el ascendiente del amor armado con todas las astucias de la seducción. Cuando el género humano habia ántes quedado sacrificado á las gracias de un ruego, ¿qué mucho que un secreto quedase divulgado á los encantos de una taimada súplica? Del fuerte nació, pues, la debilidad, y este enigma inexplicable, que tantas veces preside á las acciones humanas, parece marcado aquí por la historia para abatir el orgullo de los fuertes: así como mas tarde, la mas elevada sabiduría no quedó exenta del error, para que el hombre no se envaneciera con ella cuando deja de ser dócil y humilde el corazón. Sanson descubrió el enigma á su esposa, y ésta lo descubrió inmediatamente á sus paisanos. Estos, pues, ántes de espirar el término prefijado que era á la puesta del sol del día sétimo, vinieron á encontrar á Sanson y le dijeron: «¿Qué cosa mas dulce que la miel, ni quién mas fuerte que el leon?» Conoció el hebreo que habia sido vendido por su mujer, y les hizo esta ingeniosa respuesta: Si no hubieseis arado con mi novilla no descifrarais mi enigma," aludiendo á la taimada debilidad de su esposa. Sintióse despues inspirado de ir á Ascalon, donde mató á treinta hombres, y dió los vestidos de éstos á sus rivales que habian descifrado el enigma. Despues, vivamente irritado, volviése á la casa de su padre; y su mujer, creyéndose abandonada, tomó por marido á uno de los jóvenes que, en clase de compañeros, habian asistido á Sanson en las bodas.

Algun tiempo despues, conoció Sanson esta resolucion, y meditó cómo vengarse de ella sobre la nacion entera de los filisteos. Acercábase el tiempo de segar los trigos, y fue Sanson con deseo de visitar á su mujer, y llevóle un cabrito de leche; pero al querer entrar en su aposento, como acostunbraba, el padre de ella se lo

impidió diciendo: «Cree que la habias aborrecido, y por esto la di á un amigo tuyo: pero tiene una hermana mas jóven y mas hermosa, tómalala por mujer en lugar de la otra.» Y respondió Sanson: «De hoy mas no tendrán motivo de quejarse de mí los filisteos, si les pagó todo el daño que me han hecho.» Sanson parecia tan fuerte como ingenioso, y el ardid doblaba los recursos de su robustez y valor. Marchóse pues, y cogió trecientas raposas de las que abundaba muchísimo la Palestina: y atólas apareadas cola con cola, ligando teas en medio. E inflamadas éstas, soltó las raposas á fin de que corriesen por todas partes. Metiéronse luego por entre las mieses de los filisteos, é incendiadas éstas, se quemaron así las mieses ya hacinadas como las que estaban por segar, extendiéndose tanto la llama, que abrazó hasta las viñas y los olivares. Y al preguntar los filisteos: ¿Quién ha hecho esto? se les respondió: Sanson, yerno de Tamnathco es el que lo ha hecho, porque su suegro le quitó su mujer y se la dió á otro. Y queriendo los filisteos vengar en esta mujer el destrozo hecho en sus campos, la quemaron junto con su padre.

Algo despues tomó de ellos una nueva venganza: sus propias querellas le dieron ocasion de castigar á los opresores de su país: les batió, é hizo él solo un tal destrozo, que los que pudieron escapar de sus manos quedaron llenos de estupor. Despues de lo cual, retirándose Sanson, habitó en la cueva de la peña de Etam.

Los filisteos volvieron á tomar las armas, entrando por la tierra de Judá, y acamparon en un lugar que despues se llamó Lequi, esto es, Quijada, donde fué derrotado su ejército. Y preguntándoles los de la tribu de Judá, por qué motivo venian contra ellos, respondieron que para llevarse atado á Sanson y retornarle el mal que les habia hecho.

Los de la tribu de Judá quisieron vengar en Sanson las hostilidades con que los acosaban los filisteos. Nada ménos que tres mil hombres pasaron á la cueva en donde aquel habitaba, para decirle que querian entregarle atado en manos de los filisteos. Rióse interiormente el guerrero de esta pretension, y despues de haberlos

hecho jurar que se limitarian á entregarle atado, se dejó atar con dos cuerdas nuevas y sacar de la peña en que estaba retirado. Los filisteos salieron á su encuentro con bulliciosa algazara, creyendo tenerlo ya á su disposicion; mas cuando estuvo junto á ellos, rompió y deshizo en un momento sus ligaduras como un endeble lino, y con una quijada ó mandíbula de asno que encontró casualmente, ayudado de los suyos, hizo perecer tres mil hombres. Y tanto estuvo con él el espíritu del Señor, que devorado por una sed ardiente, con una muela de la misma quijada abrió una fuente copiosa, con la cual refrescó su ardor y recobró sus fuerzas, renovándose el prodigio de la peña de Horeb.

Pasando despues á Gaza, entró en casa de una mujer llamada Dálila. Sabido por los filisteos que Sanson habia entrado en la ciudad, colocaron centinelas á sus puertas, y pusieron en asecho con el fin de matarle por la mañana al tiempo de salir. Durmió Sanson hasta la media noche, y levantándose despues, arrancó las puertas de la ciudad, con sus pilares y cerrojos, y echándoselas acuestas, las llevó á la cima de una vecina montaña que mira hácia Hebron, y que distaba sobre dos leguas.

Figurárense sin duda los filisteos que esta fuerza extraordinaria era no mas que accidental, ó que Sanson de todos modos tenia alguna parte vulnerable, é imaginaron robarle su secreto por medio de Dálila, pues podian ya conocer que mal sabia defenderse su enemigo de los lazos tendidos por una mujer. Los cinco sátrapas ó gefes de la nacion fueron á encontrar á Dálila y le dijeron: «Por medio de astucias engaña á Sanson, y averigua de él de dónde le viene su fuerza extraordinaria, y cómo podremos vencerle, encadenarle y atormentarle, y si lo consiguiéreis te daremos cada uno mil cien ciclos de plata.» Hacer traicion á precio de dinero, y bajo señales de afecto es el último grado de vileza, abyeccion y cobardía á que una alma puede llegar: ¿Será que la molice torpe aniquile en la conciencia todo sentimiento de honor, sujetándolo todo al grosero criterio de la sensualidad? ¿O permite Dios alguna vez que esta molice llegue á disgustarse de los envilecidos instru-

mentos de sus goces hasta el extremo de hacerles pedazos con la mas estúpida irrisión ó indiferencia!

La pérfida Dálila dijo á Sanson: «Dime, por tu vida, ¿en qué consiste tu fuerza prodigiosa, y qué lazos podrian impedirte de huir?» Arbitro todavía de sí mismo, pero harto menguado de valor sin duda para contristar á Dálila con una negativa, contestó valiéndose de una mentira. «Si me atasen con siete cuerdas de nervios recientes y todavía humedos, quedaria sin fuerza como los demas hombres.» Lleváronle, pues, los príncipes de los filisteos á Dálila segun ésta se lo habia indicado, siete cordeles, con los cuales le ató ella, quedándose aquellos en asecho escondidos en la casa, esperando el resultado de aquella prueba, prontos á apoderarse de Sanson en caso de parecerles invenciblemente maniatado, y no debiendo parecer en caso contrario. Despues de haber envuelto á su cautivo con los lazos que allí habian traído, exclamó Dálila: «¡Sanson! los filisteos se echan sobre tí.» Mas él rompió al momento las ataduras como rompiera cualquiera un hilo tenue así que le hicieran sentir el fuego. Quedó, pues, todavía para saber en qué consistia su fuerza.

La astuta Dálila no dejó traslucir aquel frio y siniestro furor que sigue á la ruina de nuestros mas sérios y mas deseados proyectos. Limitóse sin duda á manifestar aquella especie de gracioso contento que se pinta en el rostro cuando uno se vé amistosamente engañado en un juego sin importancia; y preparando el suspirado triunfo con una constancia tanto mas temible, en cuanto se disfrazaba bajo un aire de curiosidad pueril y de una gracia juguetona, añadió: «Tú te has burlado de mí y me has mentido: por lo ménos decúbreme ahora, cómo debieras ser atado.» Y respondió Sanson: «Si me ataren con cuerdas nuevas y que no hayan servido, quedaré débil y semejante á los demas hombres.» Dálila echó mano de este nuevo medio, y con las mismas precauciones que la primera vez exclamó: «Los filisteos se echan sobre tí, Sanson.» Mas él rompió las ataduras como hilachas de tela.

La tentacion va á ser ya mas urgente. Dálila afecta aire de

resentimiento y se expresa con un poco mas de imperio: «¿Hasta cuándo me has de engañar y mentir? Declárame ya con qué debes ser atado.» Sanson por su parte empieza ya á sentir como un peso el secreto de su fuerza; y sin indicarlo todavía se prepara para revelarlo, semejante á aquellos pájaros que poco hace se cernian libremente por los aires, y que descendiendo por sobre las hojas, fascinados á menudo por la vista de una serpiente, bajan por grados hácia su ruina, espantados del peligro, pero sin valor por sustraerse á él. «Si entretejes mis siete trenzas de cabello con los lizos de la tela, y revueltas á un clavo, hincas éste en tierra, quedaré sin fuerzas.» Parece que Sanson veia al rededor de sí algun objeto que le inspiró la idea de esta fábula. Supónese que Sanson estaba sentado en tierra, y Dálila tejiendo su tela; pues antiguamente se tejia estando en pié, tendida la urdimbre de arriba abajo, y así se entenderá como ella pudo entretejer ó enlazar en su tela los cabellos del guerrero. Dálila, pues, le fijó los cabellos en tierra mientras dormia, y exclamó como otras veces: «Sanson, los filisteos se echan sobre tí.» Mas despertándose él de repente arrancó sin esfuerzo el clavo junto con las trenzas de cabello y los lizos de la tela.

Dálila, tantas veces burlada, echó mano de sus últimas armas, salieron de su boca las amorosas quejas, los dulces reproches, las muelles súplicas y los sentidos lamentos: «¿Cómo puedes decir que me amas, cuando tu corazon no hace confianza del mio? Por tres veces me has mentido, no queriéndome declarar de dónde viene tu fuerza extraordinaria.» Y se le mostró importuna, no dejándole en reposo ni en libertad durante muchos dias consecutivos. Una curiosidad irritada por tres descepciones, el atractivo inherente á las cosas de que nos hemos privados ó cuyo goce se nos ha negado, el premio que esperaba de su traición, todo incitaba, apremiaba á Dálila para valerse de todos los recursos que ofrecen los ruegos y las lágrimas: pedir y llorar con presistencia es el secreto del mayor poder de que Dios revistió á las mujeres así para el mal como para el bien. El valor de Sanson como un peñasco que cede por fin y se

ahonda por el chorro que cae sobre él de continuo, llegó á gastarse á fuerza de tantos ataques: el alma robusta del prodigioso atleta llegó á faltarle, como si estuviese al borde del sepulcro; viva imájen de una conciencia vencida en su lucha contra un enemigo á quien ama y detesta á un mismo tiempo. El secreto por fin, salió de su corazón abatido, como el agua rompe por último el dique que sordamente ha estado infiltrando por largo tiempo. «La navaja le dijo, nunca ha pasado por mi cabeza, porque yo soy nazareo, esto es, consagrado á Dios desde el seno de mi madre: si fuese rapada mi cabeza, se retirará de mi la fuerza, y sería como los demás hombres.»

A menudo la pasión nos pone una espesa venda ante los ojos; los objetos parecen ocultar lo que nos disgusta, para mostrar solamente lo que en ellos amamos. Sanson creía en la curiosidad de Dálila, pero no quiso creer sin duda en su perfidia. Conociendo ella que al fin le había sido revelado el secreto fatal, y que Sanson se había abdicado de él, mandó llamar á los príncipes de los filisteos, y decirles: «Venid aún por esta vez, porque ya me ha abierto su corazón.» Y fueron ellos, llevando consigo la suma de dinero que habían extipulado. Y mientras dormía Sanson, le hizo cortar ella las siete guedejas de su cabello. Desde aquel momento la perfida dejó ya el disfraz de su caricias, y se trasformó en fiera, arrojando de sí con desprecio al que ántes halagaba y cebándose en el vil fruto de su cobarde traición. Y gritó en seguida: «Sanson, sobre tí tienes ya á los filisteos.» Al momento de despertar dijo Sanson para sí: «Saldré como hice ántes y me desprenderé de ellos.» Mas el infeliz no conocía que el Señor se había retirado de él. ¡Dichoso el hombre que aprovecha un momento para pensar, ántes de revelar un secreto, de hacer una confianza! ¡Cuántas Dálilas solo aguardan el momento de hacer burla y despreciar al débil que á ellas sin reserva se entrega! La fuerza había huido de Sanson, como la sávia de un árbol se detiene agostada en el instante en que es herido por el rayo. ¡Qué vivo emblema de la vil-gubre desnudez en que queda el hombre despues de haber caído en

un grade crimen! El placer, tan rico en promesas, tan seductor ántes de nacer, no hace mas que tocar el alma con su vara mágica y regocijarla al pasar; pero muere luego, y solo deja en la conciencia culpable el oprobio de una esperanza burlada y las ruinas de una virtud perdida: no, nada es comparable con las angustias de este horrible momento. Tal se halló Sanson al despertar de su sueño.

Los filisteos se apoderaron de él fácilmente, le vaciaron los ojos, y le condujeron, cargado de cadenas, á Gaza. Allí fué metido en una cárcel, y le hicieron mover dando vueltas la rueda de una tahona. Tal era el castigo que se daba en los antiguos pueblos á los esclavos á quienes se quería salvar la vida, haciéndoles rodar como bestias de carga enormes muelas de piedra que servían para moler el trigo; y en medio de tan duro trabajo, se les degarraba el cuerpo con crueles latigazos, y se les sujetaba á las mas terribles privaciones.

El infortunio hizo volver á Sanson al sentimiento del deber, y encontró su rehabilitación en el arrepentimiento. Al paso que le crecían los cabellos, volvíanle proporcionalmente las fuerzas, no porque su cabellera fuese la causa física de su vigor, sino porque, siendo su signo material, quiso Dios que este signo volviese á tomar su primitiva eficacia. Los príncipes de los filisteos, pues, se reunieron para inmolar hostias solemnes á Dagon su Dios, y para celebrar un alegre festin. «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos á Sanson nuestro enemigo.» El pueblo, uniéndose á sus gefes, iba también publicando las alabanzas de Dagon, diciendo como aquellos: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos á nuestro enemigo, que ha desolado nuestros campos y hecho perecer á muchos de sus habitantes.» En el regocijo de la fiesta que siguió á los sacrificios pidió la multitud que fuese conducido allí Sanson para que le sirviese de juguete. Nada es comparable con la tumultosa ferocidad de un pueblo embriagado con el placer de la venganza, y que en medio de su algazara gusta pisotear aquellos á cuya presencia ántes temblaba. Esta algazara feroz, que



es algunas veces un justo castigo de la opresion ó de la tiranía, no deja de ser muchas otras el premio con que un pueblo ciego y extraviado recompensa la integridad de la virtud, la constancia del deber, y hasta á veces, los sacrificios hechos á favor suyo: cuando hombres ávidos de oro ó de poder, le halagan para oprimirle, y le incitan á que recobre una soñada felidad, rompiendo sus cadenas imaginarias.

El cautivo fué por fin sacado de su prision, y vino á servir de divertimento al público. El templo en donde estaba reunida la asamblea era una sala inmensa, sostenida principalmente por dos columnas bastante cercanas una de otra: el techo, formado á modo de plataforma, como se acostumbra en Oriente, sostenia una gran multitud de espectadores, que veian desde allí el interior del templo, en donde se hallaba apiñada una multitud no ménos considerable, pues habia allí cerca de tres mil personas. Sanson dijo al esclavo que lo acompañaba: «Déjame acercarme á esas dos columnas que sostienen el templo, para que pueda apoyarme y tomar algun reposo.» En seguida recogió todas las fuerzas de su alma para lograr que el Señor le concediese las de su cuerpo. No cabe duda que reconociendo en aquel instante su culpable debilidad, se arrepintió de ella, y el Señor volvió á inspirarle sentimientos nobles y generosos, y la resolucion heroica de sacrificarse para acabar con sus enemigos. «¡Oh Señor Dios! dijo en su interior, invocando el origen de toda fuerza, acuérdate de mí y restitúyeme ahora ¡oh Dios mio! la fortaleza que tenia para vengarme de mis enemigos, y hacerles pagar de una vez el haberme privado de mis dos ojos.» E impulsado entónces por el espíritu del Señor, agarró la dos columnas en que estribaba el edificio, una con cada mano y exclamó: «Muera aquí Sanson con los filisteos.» Sacudidas fuertemente las columnas, desplomóse el edificio con estruendo, levantando una humareda de polvo, y sepultando bajo sus inmensas ruinas á todos los príncipes y la gran multitud que allí estaba; por manera que mató Sanson muchos mas filisteos en su muerte, que ántes habia matado en toda su vida.

Así pereció Sanson, y tal fué la victoria de Dálila. Sobre el paradero de esta mujer despues de su cobarde traicion nada dicen las Escrituras. El ejemplo de su perfidia ha quedado como una prueba de la trágica influencia que las astucias de la debilidad pueden ejercer sobre la fuerza del valor mas robusto y mas temido. No siempre somos dueños de romper las trabas que nos hemos voluntariamente impuesto; y es mas fácil guardar un silencio completo, que sabernos mantener en los límites de una prudente reserva. Cuando un secreto se ha escapado en parte de nuestros lábios, sentimos vivamente luego la falta de nuestra indiscrecion; y unos ojos penetrantes y ávidos de conocer leen en nuestro semblante y levantan el velo que nos esforzamos en tener corrido. Cuando los espíritus y los corazones son inocentes y puros, los conceptos y los sentimientos pueden revelarse sin temor; pero desde la caida original y hasta que llegue el dia de una regeneracion definitiva, toda alma tiene el derecho y el deber de velarse algunas veces, porque no todo corazon es capaz ni digno de que todo se le comunique; y tanto importa evitar las temerarias confianzas, como la mentira y la doblez; y por esto la nueva ley, aunque basada en la gracia y en el amor, prescribe la cautela al lado de la sencillez de corazon, y manda conciliar la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente. Así como la desnudez de los cuerpos es un crimen que los cubre de confusion, la desnudez de las almas es tambien un desorden que les quita la consideracion y las deja sacrificadas. De un corazon que en demasía se dilata salen todos los secretos, y nada le entreabre ni le espia tanto como las afecciones muelles y sensuales. Por esto el secreto mas importante en el órden moral y religioso, cual es la revelacion de las propias miserias, está reservado para un corazon vírgen, que no ha hecho dueño de sí á una mujer; y por esto el sábio aconseja á los jóvenes en especial aquella máxima importante: «Dí á la sabiduria, tú eres mi hermana, y nombra á la prudencia tu amiga, á fin de que te proteja contra la mujer extraña.»